

cente por el constante trabajo. Ganaba quince pesos al mes, escribiendo en una notaría, lo cual no era poco para su mala letra; pero ocupado el día entero, no podía dedicarse al estudio, y desesperaba de llegar á recibir el título de abogado. Aquello era para reventar. Había pedido audiencia á un ministro, y en quince días de antesala infructuosa, dejó de ganar siete pesos en la notaría; y puesto así á punto de quiebra y aun á punto y coma de hambre, hubo de abandonar su empeño, cuando había hecho ya méritos de paciencia para ser recibido.

Por mi parte no mentí á Pepe como á Carrasco, y le declaré que no contaba con nada, y que la primera mensualidad quedaba pagada á Barbadillo, mediante el sacrificio de mi reloj, el cual paraba en poder de Ferrusca, como prenda y garantía de mi honradez.

—¿Y las rentas de aquella hermosa propiedad? me preguntó Pepe. Debiera vd. vivir como príncipe desterrado.

—¿Las rentas? Pues las rentas..... Había otra hipoteca nueva, y las rentas pagaban

V.

Consulta.

GRANDÍSIMA fué mi alegría y no menor la de Pepe Rojo, cuando nos dimos el estrecho abrazo de saludo, después de algunos meses de no vernos. Nuestras carnes, medradas ó empobrecidas, la suerte que cada cual corriera después de nuestra separación, nuestro objeto en la capital de la República, y las esperanzas que podríamos abrigar, fueron sucesivamente materia de franca é íntima conversación que comenzada á las diez de la mañana, se prolongó hasta la hora de comer.

Pepe andaba de mal pelaje, con la misma ropa que en la capital del Estado le conocí, puesta fuera del uso por la moda, y de lo de-

el interés. ¡Vamos, que me daba vergüenza decirle la verdad de esto á Pepe mismo!

De lo demás no callé nada. Me había visto precisado á salir de San Martín, después de la muerte del Padre Marojo, porque sólo él podía contener al Jefe político, al Juez, al Presidente del Ayuntamiento, á todos los que ganaban un real en empleo ó tenían papel en cualquier ramo de la Administración, los cuales estaban indignados por el golpe que dí á un diputado, y se desvivían por enviarme á la capital atado de pies y manos. Tenían un empeño extraordinario en cumplir con su deber, y si no salgo tan pronto, le cumplen sin remedio.

Abundante materia nos dió para hablar la triste situación en que nos encontrábamos, y como era la mía más lastimosa sin duda, y el corazón de Pepe de suyo generoso y sin egoismo, recaía más á menudo la conversación sobre la próxima mensualidad de Barbadillo, que no había aún indicio de que pudiera ser pagada.

El temor que me infundía la dificultad, me inclinaba á no pensar en ella y me ha-

ecía huir la ocasión de mirarla de frente y en toda su desnudez; pero con Pepe, hombre razonador y juicioso, aunque pareciera atolondronado, no había poder escapar de lo que la sana prudencia exigía. Ví de bulto mi afflictiva situación, y apremiado por Pepe tenía yo que contestar á esta pregunta: ¿qué iba yo á hacer el último día del mes? Y no encontraba yo que decir.

—Con mil diablos, exclamó Pepe; dígame vd. que ha pensado y determinado no pagar, y estaremos conformes. No soy de moral muy escrupulosa. Pero no me salga con que no ha pensado nada, porque esto, si no es inmoral, es tonto, lo cual me parece peor.

Pepe seguía apremiándome con palabras que no me dejaban salida, pues tanta vergüenza me causaba declarar el uno como el otro extremo de los que él proponía con lógica inflexible. La idea me bullía en la mente, las palabras se me venían á la boca y la comezón del día anterior me escocía las entrañas; y sin embargo, fué preciso para hacerme hablar que el estudiantón me asediara media hora sin tregua ni descanso.

—¿Qué opinión tiene vd. de Carrasco? le pregunté tímidamente.

—Me parece un animal, me contestó; pero como le conozco de poco tiempo acá, no es difícil que sea dos animales y que yo no lo haya notado todavía.

—Es periodista, agregué.

—Sí, ya lo sé; y es capaz de ser otra cosa peor.

Guardé yo silencio al oír tal respuesta; pero á poco aventuré esta frase:

—Según eso, cree vd. que no debe uno ser periodista.

—Pero, hombre; replicó Pepe con cómica ingenuidad, ¿cuándo le he dicho á vd. que no se deben hacer cosas malas? Pero vamos á ver; eso quiere decir algo. ¿Porqué me hace vd. esa pregunta?

Vencí mis temores y conté á Pepe mi conversación con Carrasco, interrumpido repetidas veces por los aspavientos de mi amigo.

—¡Demonio! exclamó cuando concluí. ¿Y se guardaba vd. esto sin reventar? ¿Y se anda vd. con escrúpulos, cuando ve á Carrasco escribiendo; á ese pedazo de animal que no sabe donde tiene las narices?

—Es decir que vd. cree..... dije yo, estremecido por un escalofrío súbito.

—Creo que no debe pensarse un segundo; en primer lugar, porque no es cuestión dudosa la de si se come ó no se come; en segundo, porque no hay entre qué elegir; y en tercero, Juanito ¿le parece á vd. poco ser periodista, pertenecer al cuarto poder del Estado?

—¿El cuarto poder?

—El cuarto, sí, señor. Algunos publicistas habían creído que debía existir un poder municipal: pero esto resultó una tontería; y estudios más profundos, y la práctica, sobre todo, han venido á poner en claro, que el poder único que puede y debe añadirse á los tres poderes sociales existentes y conocidos, es el de la prensa. Vd., que no ha estudiado derecho público, no sabe nada de esto, ¡qué ha de saber! pero yo le enseñaré en quince lecciones cuanto necesita para no quedarse callado en los corrillos más presuntuosos. El congreso es representante de la voluntad del pueblo ¿verdad? pues la prensa lo es de la opinión pública. ¡Imagi-

nese vd. representando á la opinión pública! Nada; no abrirá vd. la boca sin que sea en nombre de la tal señora, que es persona decente, por más que ande en manos de todo el mundo. Esto es cómodo, porque la elección la hace vd. mismo, y no dudo de que cuenta vd. con su propio voto; y en cuanto á credencial, que se la dé á vd. el director de *La Columna del Estado*, con un movimiento afirmativo de cabeza, pues no hay fórmula determinada para ese importante documento.

—Hablemos en serio, dije amostazado.

—No estoy de broma, replicó el estudiante; tan formalmente hablo, que si el magnánimo señor Carrasco puede y quiere extender á mí la gracia de su protección, también acepto de buena voluntad, protestando ser digno sustentador de esa columna soberbia, no ensoberbecerme con los pequeños, no dar más oído á las lágrimas del pobre que á la justicia del rico, temer á Dios y recortarme las uñas, como el gobernador de la *Ínsula Barataria*.

—¿Aceptaría vd? pregunté con alegría.

—¡Ya lo creo! la primera oración es *el pan nuestro*; después ya puede uno encomendarse al santo de su devoción.

—La verdad, Pepe; á mí me entusiasma la carrera!

—A mi también, hijo mío, á mi también; porque me parece mejor que la de escribiente de notario.

—Yo siento inclinación.....

—¡Magnífico! Y no se piense vd.; el hambre ha sido la fuerza impulsiva de la civilización; y más que eso, la reveladora de los genios. Yo compadezco á los ricos, porque nunca llegan á saber si tienen talento ó no. Imagínese vd. un genio ahito. ¿Para qué ha de pensar? No tienen las letras, las ciencias y las artes, mayor enemigo que un lomo relleno, alimento macizo, compacto y de peso, que quita por tres días la tentación de pensar en cosas útiles. Si Homero se hubiera sentado en rueda con Agamenón, Aquiles y comparsa á devorar tanto toro asado como aquellos señores tenían por costumbre, nos quedamos sin *Iliada*; y si Cide Hamete participa de la famosa espuma de San-

cho en las bodas de Camacho, nos quedamos sin Quijote. No, señor; el hambre es el alimento del espíritu, es la levadura con que fermentan las grandes concepciones; y hay genios que viven ignorados bajo una capa de gordura y un abdomen repleto, como los ricos minerales que dormirán, eternamente desconocidos, bajo gruesas capas de tierra despreciable. Después de todo, vd. que tan inclinado se siente al periodismo, quizá resulte luego un genio como otro cualquiera. Esa inclinación me parece la omnipotente fuerza reveladora del hambre. ¡Desdichados los que no la sienten nunca!

VI.

"La Columna."

EL tiempo corría con su paso de veinticuatro horas diarias, el cual me parecía demasiado lento cuando esperaba la resolución del Director de *La Columna*, que iba aplazándose de lunes en lunes, y demasiado rápido, si me venía á la memoria la terrible conclusión del mes, idea naturalmente asociada á la del pago de mi pensión al capitán Barbadillo. Y no lograba calmarme, por más que en ello ponía todo su empeño el bueno de Carrasco, que me visitaba todos los días, excepto el anterior á la salida de cada número del periódico, por estar en tales ocasiones sumamente ocupado.

Decía Carrasco que el negocio estaba arreglado; que el Director nos aceptaba, aunque no tenía la honra de conocernos, con sólo las recomendaciones del mismo Sabás, quien por la cuenta, ejercía grande influencia en el ánimo y determinaciones de aquel hombre. Pero la cosa dependía del arreglo de otro asunto que el Director traía entre manos, y por el cual era traído y llevado de la redacción al Ministerio de Hacienda y del Ministerio á la redacción, cuatro veces en la mañana.

El periodista de San Martín de la Piedra me explicó al fin el enigma: *La Columna* era el mejor sostén del Gobierno; el periódico más leal y valiente en la defensa, y para ser en todo y por todo el más útil de los amigos, le faltaba sólo ser diario. El Sr. Ministro, que todo esto comprendía, llamó al Sr. Albar y Gómez, y le manifestó su deseo de que *La Columna* se publicase todos los días, ofreciéndole (puesto que era para bien del Gobierno) ayudarle á sostenerla, con *algo más* de lo que ya se le ministraba como auxilio. Y aquí estaba el nudo. Albar y Gó-

mez temía que el periódico perdiese su independencia, recibiendo una suma regular, y quería hacer diaria su publicación sin recibir un centavo de aumento; pero esto no podía consentirlo el Ministro, y había dicho terminantemente á Albar que tomaría su insistencia como desaire.

Ahora bien: si al fin cedía el Director, tendríamos colocación nosotros, pues no era indispensable economizar; pero si cedía el Ministro, la colocación era imposible por la razón inversa.

Tal como Carrasco me lo contó, lo creí. Lo referí á Pepe, y como una sonrisa burlesca del maldiciente estudiante me hiciera preguntarle si sería todo ello un cuento, me dijo:

—No sea vd. superficial; váyase al fondo de las cosas, y ruegue á Dios que el caballero Director sea menos magnánimo y desprendido.

Tocaba ya á su fin el mes de Mayo, y yo inventariaba en mi imaginación todos mis bienes, sin encontrar entre ellos cosa que poner en manos de Ferrusca, cuando una

tarde, bajo las primeras gruesas gotas de un chaparrón soberbio, entró Sabás en mi cuarto, sofocado, jadeante, quebrado el color; y dejándose caer en mi cama exclamó:

—¡Negocio hecho!

—¡Cómo!

—Hecho, concluido. Desde el día primero, *La Columna* se publicará diariamente, el jefe cedió al fin, y está en lo dicho. Usted y Pepe quedan admitidos.

Estreché á Sabás en mis brazos con tanta alegría y tan fuera de mí, que á poco más le habría roto un hueso. Perdí la dignidad de hombre serio y dí tres saltos y media docena de gritos que hicieron venir corriendo á la puerta á los chicos del agente.

Sí, señor; desde el día primero. Cinco pesos por semana; porque los sueldos se arreglaban así. Nosotros nos repartiríamos el trabajo como nos pareciera mejor. El periódico sería diario. ¡Cómo repetía Carrasco esto! Parecía que un hijo suyo había sido elevado á ministro. Le tenía mucho cariño á *La Columna*. Se publicaría todos los días excepto los lunes y los siguientes á las gran-

des festividades religiosas y civiles. No por esto dejaba de ser diario.

Llamamos á un mozo y le dimos las señas: calle de Cordobanes, notaría pública de D. Sabino Angosto; que venga inmediatamente D. José Rojo; asunto de urgencia; Monzón, casa de huéspedes.

Era preciso ir á presentarse al Sr. Albar y Gómez para organizar la cosa. Apenas quedaba tiempo para comenzar el día primero.

Esperamos á que las sombras de la tarde tomaran ese color propicio á la mala ropa, ese color democrático que todo lo iguala dentro de un aposento; y antes de que fuera hora de encender luces, nos presentamos Pepe y yo, apadrinados por Carrasco, ante el Sr. D. Pablo Albar y Gómez, conocido periodista, director de *La Columna del Estado*.

Era él un hombrecillo de poca estatura, cargado de hombros y más flaco de lo que había menester para parecer chico de escuela, si se le veía por la espalda. Míope obstinado en no usar lentes quizá por la

exigüidad de la nariz respingona, á fuerza de repetirle, se había quedado con el gesto compungido y rugoso en la cara; ese gesto del corto de vista que procura ver á corta distancia, apretando los párpados con fuerza, pero debajo de tan escasa nariz, nacían dos bigotes, que si no eran notables por espesos, bastaban para marcarle por hombre, visto de frente. En cuanto á su edad era difícil de colegirse, porque D. Pablo guardaba el secreto bajo las siete llaves de su piel azteca.

Esperaba yo, sobre un recibimiento cortés y hasta cortesano, una larga conversación instructiva referente á la situación actual del país y las excelencias de su gobierno; manera fina y decente de indicarnos el camino que en la redacción deberíamos seguir; y esperaba yo, además, que á la postre y con sutilísima delicadeza nos daría á entender lo de tanto más cuanto, y aquello de que después, mejorando las cosas, afirmada sobre buenas bases la publicación, nosotros mejoraríamos también. Pero nada hubo de lo esperado. Aquello fué el ajuste de dos

peones á tanto el día, por lo claro, lo breve y lo prosáico.

—En cuanto al modo, nos dijo para concluir, ya Carrasco sabe y él les dirá. El periódico sale la víspera á las cinco de la tarde; de suerte que deben apurarse para que el número del día primero se ponga en venta el día treinta y uno, para lo cual es preciso que den el material el treinta.

—Lo escribiremos el veintinueve, dijo Pepe con pasmoso aplomo y seriedad.

Yo me quedé estupefacto, pero creí imprudente pedir explicaciones.

En efecto, el día primero de Junio *La Columna* apareció con cabeza nueva, anunciando en su primer artículo que, favorecida por gran número de suscritores, saldría de allí adelante todos los días; que introducía desde luego grandes mejoras en la parte tipográfica, y que las filas de la redacción habían sido engrosadas con inteligentes y hábiles periodistas, siendo esto último motivo para felicitar á los lectores. El tal artículo era obra de Sabás, y casi me produjo ira; pero un oportuno discurso de Pepe, y la

observación de que nuestros nombres no figuraban en el periódico, que sólo daba el del director, fueron razones suficientes para calmarme.

Yo comencé por escribir algunos párrafos de gacetilla, sobre asuntos que Sabás me apuntaba; borrando y enmendando, y creyendo ver en cada palabra un desatino; pero el ejemplo de Pepe, que desde luego arrojó las más difíciles materias en largos artículos, y la poca conciencia con que Sabás plumeaba, como si estuviera aún en la Jefatura de San Martín, me alentaron y desencogieron y á los quince días eché mi cuarto á espadas con un editorial de dos pliegos, soporífero y tonto, sobre la paz y concordia en que la nación vivía, gracias al celo y pulso del atentadísimo Gabinete que gobernaba.

Mientras tanto Barbadillo se había conformado, sabedor de mi buena posición, con esperar un poco; y ya con tal desahogo, me entregué con tesón á mi tarea, de suerte que al espirar el mes de Junio, para mí escribir un articulazo era asunto de un par de horas y de cuatro pensamientos amplios, bien am-

plios y generales, desleídos en una docena de cuartillas. Pero lo cierto era que nadie paraba la atención en mis artículos, y yo mismo notaba que eran tan cansados como los de Carrasco. ¡Ya ni siquiera sentía yo aquella comezón en las entrañas!